Un verdadero León

Habemus Papam y León XIV está dando que hablar. No solo por lo simbólico de su nombre -que nos remite a León XIII y aquella encíclica histórica, *Rerum Novarum*, que marcó un antes y un después en la mirada de la Iglesia sobre *lo social*- sino también por el estilo que ya empieza a mostrar: cercano, simple, con una impronta claramente popular y misionera. Algo así como una continuidad del camino que abrió Francisco, desde una tonalidad propia.

Desde el minuto uno dejó en claro que no quiere una Iglesia encerrada en sí misma -muy presente en la idea de la *"Iglesia en salida"* que hablaba Francisco-, sino una Iglesia que camine, que se meta donde duele; pero no como *quien baja con la verdad revelada*, sino con los pies en el barro y el oído atento. Una Iglesia que se deja afectar por el mundo, especialmente por las periferias. Este gesto ya tiene impacto real, sobre todo en muchos lugares de América Latina, donde hay cantidades de equipos pastorales, misioneros parroquiales, grupos comunitarios que no van sólo a "predicar", sino a convivir la realidad junto a la gente, a aportar una propuesta -a veces una solución-, o en muchos casos, una atención necesaria. No desde arriba, sino desde el mismo lugar. Esto, en términos sociales, es el gran impacto del cambio de lógica que asistimos en los últimos 12 años en la institución eclesiástica. Ya no es una Iglesia que asiste, sino que se compromete, que se vuelve parte.

Si hablamos del nombre que eligió León XIV, hay toda una carga ahí. No sólo es un guiño a la historia, sino una forma de recuperar una tradición que vuelve a latir en tiempos de extrema urgencia: la de *Rerum Novarum*, la encíclica que puso sobre la mesa la cuestión social y obrera a finales del siglo XIX. Hoy, en un contexto donde el mundo del trabajo se torna el gran desafío para una sociedad pauperizada laboralmente, la relevancia de la *cuestión social* en el seno de la prédica del nuevo Papa tiene una enorme trascendencia. Ya no hablamos de aquel mundo de obreros industriales, sino de millones de personas en la informalidad, en el desempleo, en el pluriempleo, en la insatisfacción. Y el Papa lo sabe. En su primera homilía nombró justamente eso: *a quienes trabajan sin derechos, sin salario fijo, sin cobertura; a los descartados del sistema.*

Ahí hay algo que no es solo religioso: es político, filosófico, social. Porque lo que está diciendo es que *el trabajo no puede ser solo una medida de productividad*. Es parte de lo que nos hace humanos, lo que nos vincula con otros. Y si el sistema actual expulsa a la mitad, hay que repensar ese sistema, no a quienes quedan afuera. Esa es la crítica de fondo que León XIV pone sobre la mesa.

También hay un eco muy fuerte del Papa Francisco, con quien este nuevo Papa

tiene una sintonía -e historia- profunda. No solo porque se formó en su misma línea, sino porque vivió y caminó en territorios muy similares. Estuvo en África, en barrios populares de América Latina, en contacto directo con comunidades indígenas, con movimientos sociales, con migrantes. Su mirada está atravesada por esas experiencias. No es alguien que teoriza desde el Vaticano, sino que trae en el cuerpo los dolores del mundo.

Por eso, para muchos sectores populares, su elección fue una bocanada de aire fresco. Lo sienten cercano, como alguien que entiende desde adentro lo que significa luchar por el pan, por el techo, por el trabajo. Y aunque no faltan las críticas de sectores más conservadores que lo acusan de "politizar" la Iglesia, lo cierto es que para amplios sectores sociales representa una esperanza.

Lo interesante es que para entender lo que significa León XIV hoy, no alcanza con una sola mirada. Hay que cruzar disciplinas, poner en diálogo la teología con la sociología, la filosofía con la política. Porque no es únicamente un líder religioso, es alguien que puede influir en el modo en que se entienden temas muy concretos como la migración, el trabajo, la guerra, el cuidado del ambiente, la pobreza. Y lo hace desde una ética profundamente humana, basada en el evangelio y su mensaje de cuidado, de encuentro, dignidad y justicia.

Ya se empieza a ver en algunos lugares. En Brasil, por ejemplo, hay expectativas de que respalde la lucha por la tierra y por el ambiente frente al avance del agronegocio. En África, su palabra puede ser clave para procesos de paz. En Europa, podría marcar una diferencia en el modo en que la Iglesia responde al crecimiento del racismo y la xenofobia. Y en América Latina, su vínculo con los movimientos populares abre una posibilidad enorme para fortalecer procesos de organización desde abajo.

Lo que viene en este mundo es incierto, claro. Pero lo que sí está claro es que León XIV no viene a repetir lo mismo. Viene a seguir un camino, sí, pero también a profundizarlo, a actualizarlo. A poner el cuerpo y la palabra donde más falta hace. Y eso, en una humanidad tan fragmentada y desigual, puede ser el inicio de algo nuevo. O al menos, una señal de que no todo está perdido.

“¡No tengan miedo! No soy yo quien lo dice, en este momento es Jesús quien los mira y habla”. Es una de las directivas en forma de homilía que el Papa Francisco nos dejó, dirigida a los jóvenes, pero aplicable a toda la Iglesia. La Iglesia Católica, que significa Universal, es decir, para todas las latitudes y para TODOS, TODOS, TODOS. Nos interpela a no tener miedo, a llamar, recibir, integrar y cuidarnos entre todos, al hermano y hermana que está cerca y al que viene de lejos. A recibir la vida como viene, como Dios nos acerca al camino del otro. A no ser indiferentes al sufrimiento de ese hermano, de esa familia que está bajo las tinieblas de la pobreza, de la guerra, de la explotación, de la adicción o de alguno de tantos males que las voces alejadas de Dios fomentan como riqueza, cuando en

verdad, son cantos de sirena y si no abrimos los ojos, nos hace a todos cada vez más pobres de espíritu, menos humanos.

El Papa Francisco quiso, hasta con sus últimas fuerzas y aliento, darnos la bendición universal en el Domingo de Pascua, con la carga espiritual que ello conlleva, es el día que la Vida venció a la Muerte. Es el Día que pasó el milagro de la Resurección. Y tal vez todos podamos en pequeños gestos diarios hacer resucitar a la humanidad. Esos gestos de los comedores, de las madres del dolor, de los sacerdotes de las periferias, como son Francisco y León XIV, salvar a la humanidad es darle voz, comida y abrazo a esos descartados, a los rotos, a los que el consumo capitalista margina, a los que las malas decisiones de poderosos o egoístas les borran sus derechos. Ahí tiene que estar la Iglesia, en la calle, como un hospital de campaña, con un oído en el Evangelio y el otro en el Pueblo.

No seamos espectadores de lo que pasa, seamos protagonistas de detener esas heridas, esos azotes, que Jesús sigue recibiendo hoy en cuerpo de niños, niñas, pobres, víctimas de pequeñas o grandes guerras diarias. Así como Francisco puso el cuerpo hasta su último suspiro por la Paz, por la hermandad, por los más pequeños e indefensos, nos pidió que no miremos al costado las nuevas formas de esclavitud, de crucifixión y ayudemos a quien está siendo vulnerado en sus derechos, en su dignidad, en su humanidad.

Que el Papa León XIV, con ese nombre elegido, también como se llamaba el amigo de San Francisco de Asís, sea una luz de esperanza para cada peregrino del mundo. Porque hay que ser buenas personas para ser buenos cristianos. Que el Espíritu Santo que iluminó en la decisión de los cardenales cuando decidieron como sucesor de Pedro al Papa Francisco y ahora a León XIV, le dé la fuerza a este nuevo Pastor, misionero y cercano a nuestra Latinoamérica, para aunar fuerzas y oraciones y así llegar a una paz desarmada, libre de egoísmos, hermanados todos en el Evangelio, el trabajo y la dignidad.

Julián Eyzaguirre

Abogado y docente (UBA)

Director del Observatorio Social por la Inclusión

de la Misión Padre Pepe de Barracas